



De actualidad

En medio de la hipocondría pública

Contrista y abruma al corazón de más reposado andar el estado de ánimo en que yacen no pocos espíritus en España. Ante lo que Maura ha llamado el declive, y es el derrumbadero, muestran una agría y acuciosa expectativa y es como si dijeran: "¡Cuanto antes!" Viven — o más bien sufren—henchidos de un sentimiento catastrófico. Cuando se les habla de la ruina inminente de no pocas fortunas, exclaman: "¡Mejor! ¡Que se arruinen!" Y de poco o nada sirve hacerles ver que el daño es para todos. Una ingente amargura está fomentando ese sentimiento colectivo dempniaco.

Hace poco se ha dicho que el rey de los belgas dijo en el Palacio de Oriente, que en su país todos piensan en rehacer la patria, y que a eso se le hizo notar notar que aquí, en cambio, se piensa en deshacer. Y así es. Y desde muy arriba. Y los que anhelan el deshacimiento — llegando hasta la manía del suicidio—es porque sienten que no se puede pasar de una cumbre a otra sin atravesar el fondo del barranco, que no es posible empezar a subir de nuevo sin haber acabado de bajar, que no cabe rehacer si no se ha deshecho antes lo ruinoso y podrido. Y en este descenso, en este deshacimiento, engéntranse los más tristes sentimientos.

Y lo más del mal depende de que la ruindad es la que reina en España. Y con la ruindad el miedo. El miedo al porvenir y el miedo a la verdad.

Allá, en aquel peñado verano de 1917, una bien intencionada y patriótica Asamblea de Parlamentarios, señaló en Barcelona un camino de prudente reforma de costumbres políticas y de régimen. Pero la idoneidad—idoneidad para la servidumbre—la idoneidad entonces, como ahora, desgobernante, bajo la ruindad reinante en España, apeló a todas las armas, y entre ellas a las peores: a la clandestinidad y la mentira, para ahogar aquel intento reformador y clavar sobre la nación el

despotismo. Y así ha podido decir "The Saturday Review", la secular revista inglesa, que el de España es el último despotismo que en Europa queda. Aunque haya otros.

Y no el despotismo ilustrado, liberal y civil de nuestros buenos Borbones Fernando VI y Carlos III de España, no, sino un sistema despótico-pretoriano a la austrohúngara o a la tudesca. Diríase que está pesando sobre esta pobre España un alma antiespañola.

La idoneidad — para la servidumbre—siembra cizaña, envenena los corazones de los hombres libres y dignos, corrompe, atropella la justicia... Y luego no responde. Contesta, pero no responde. Ni puede responder. Y es que la ruindad es la que aquí hoy reina.

Y el derrumbe sigue. Y se agravará. Y en tanto... "La Veu de Catalunya", en un fondo del día 11, titulado: "Situación insostenible" escribía del Gobierno—¿Gobierno?—del señor Dato, esto: "Y no dice nada de ello, porque realmente no sabe nada, no ha estudiado nada, no se ha preocupado por nada. No ha venido para eso. No ha venido sino para hacer unas elecciones, el resultado de las cuales había de ser, volviéndose completamente de espalda a Europa, rehacer los partidos de turno y restablecer el turno de los partidos. ¡Vergonzosa tema! ¡Como si los tiempos actuales fuesen apropiados para esas bromas!"

Y esto—triste es decirlo—es la amarga verdad. Con la diferencia de que este Gobierno no ha venido sino que le han traído, quieras que no, y le han hecho hacer las elecciones más anárquicas y que todo lo que se les ha ocurrido rehacer es los partidos de turno, cancellerescos. ¡Rehacer! Eso es lo que se rehace. Y ese rehacer es un deshacer. Porque esos dos partidos, los que nacieron del fatídico pacto del Pardo, sobre el cadáver aún caliente de Alfonso XII—"¡qué conflicto!" dicen que exclamaba en la agonía—esos dos partidos han sido los que bajo la ruindad reinante en España han deshecho civil y políticamente a ésta. No han sabido ni querido impedir la entronización del despotismo.

Y mientras se predica un optimismo de R. O.—hipocresía de optimismo—se colman de amargura y de

acidez las almas de los mejores, de los más puros, de los más nobles, de los más independientes y hay quienes en su desesperación patriótica sólo esperan el remedio de la compleción del mal, del acabamiento del daño, de que se acabe de deshacer lo que está en ruina. "¡Sí, sí, que venga el desastre; cuanto antes; salgamos de una vez de esta pesadilla...!"—se oye. Y otras veces cosas como ésta: "Que tengan que morir de hambre o que pedir limosna los nuevos ricos". Y se oye hablar con fruición, con demoniaca fruición, de las Casas industriales y mercantiles a punto de quebrar. Y como se va a la plaza de toros en busca de hule, se abre el periódico al husmo de la última catástrofe. Y es que el alma del pueblo está enferma.

Ah, es que los que deberían levantar el espíritu público están, con su ruindad, deshaciendo el alma nacional, el alma del pueblo. O el Volkgeist que dirían en las tierras fatídicas de donde nos han venido tan malos aires.

Por nuestra parte, procuramos aliviarnos de esta hipocondría pública, de esta epidemia de desesperanza popular, refugiándonos en el estudio de la historia del pasado. ¿Pasado?

Y ahora nos toca estudiar la de aquella Regencia de Oyarzun, establecida en mayo de 1823, de que fué secretario el absolutista Calomarde "milicia demagógica del absolutismo", como la llamó Menéndez y Pelayo y la cual, según éste, llegó a infundir pavor hasta a Fernando VII, y no es poco decir. Y tras ella cayó sobre España, hace un siglo, el despotismo nada ilustrado de la ruindad fernandina.

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

CRÉDITOS USAL ES